



La obra de Agustín Zapata Gollan Una introducción

Coordinadora

ANA MARÍA CECCHINI DE DALLO

Autores

LUIS MARÍA CALVO

ANA MARÍA CECCHINI DE DALLO

ALEJANDRO A. DAMIANOVICH

GUSTAVO VITTORI



ediciones UNL

**La obra de Agustín
Zapata Gollan**
Una introducción

La obra de Agustín Zapata Gollan Una introducción

Coordinadora

ANA MARÍA CECCHINI DE DALLO

Autores

LUIS MARÍA CALVO

ANA MARÍA CECCHINI DE DALLO

ALEJANDRO A. DAMIANOVICH

GUSTAVO VITTORI

Índice

- 9 **Introducción**
ANA MARÍA CECCHINI DE DALLO
- 11 **Navegantes y conquistadores**
La conquista criolla · 1
LUIS MARÍA CALVO
- 18 **Santa Fe desde el deslumbramiento
por el Río de la Plata hasta la llegada
de los gringos**
Las puertas de la tierra · 2
ANA MARÍA CECCHINI DE DALLO
- 23 **La importancia de los caminos
y el enclave de Santa Fe en la historia
de América del Sur**
Caminos de la colonia · 3
GUSTAVO VITTORI
- 37 **La vida en Santa Fe la Vieja**
Santa Fe la Vieja · 4
LUIS MARÍA CALVO
- 44 **Entre la crónica histórica
y el realismo mágico**
Crónicas y costumbres · 5
ALEJANDRO A. DAMIANOVICH
- 49 **Sobre la autora y los autores**

La Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe se sumó con gusto al proyecto de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral de realizar la edición digital de los cinco tomos publicados en papel por la misma UNL, con la obra de Agustín Zapata Gollan, en adhesión al 450 aniversario de la fundación de la ciudad.

El aporte requerido era el de introducir los tomos con una presentación a cargo de historiadores miembros de la institución, que sirvieran para facilitar el abordaje de cada uno de ellos, mediante una síntesis de los ensayos incluidos. Se asignaron a Luis María Calvo, Alejandro Damianovich, Gustavo J. Vittori y a quien suscribe esta Introducción.

Recordemos que los textos de Zapata son artículos publicados en revistas especializadas, en particular en el *Boletín del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales*, refieren a la historia de Santa Fe la Vieja y resultan de las investigaciones que él realizaba a partir de los objetos o fragmentos exhumados en sus excavaciones en las ruinas. Elemento a los que ponía en contexto con el aporte de los documentos que refieren a la vida de la ciudad en su sitio fundacional, en particular los de origen privado, fruto de las normas jurídicas civiles que regían la vida de los santafesinos, conservados por el Poder Judicial y que se encuentran en el Museo Etnográfico Juan de Garay. Asimismo, Agustín Zapata Gollan se apoyó en bibliografía especialmente

hispana y, eventualmente, en el archivo Capitular (Archivo General de la Provincia de Santa Fe).

Estos ensayos breves, producidos por una pluma privilegiada, son de agradable lectura, relatan temas de la vida cotidiana y se constituyen en una variable que les otorga una visión contemporánea y que responde a la historiografía actual.

Celebramos la publicación digital que hará universalmente consultables los trabajos de Agustín Zapata Gollan al mismo tiempo que aportará al conocimiento del Parque Arqueológico Ruinas de Santa Fe la Vieja y del período histórico de la ciudad en sus años iniciales, caracterizado por el proceso de enlace cultural con los naturales y las adaptaciones necesarias ante el nuevo entorno, entre otros aspectos de interés.

LUIS MARÍA CALVO

Navegantes y conquistadores

La conquista criolla · 1

El primer tomo de la obra de Zapata Gollan reúne tres libros: *Los precursores* (1941), *La conquista criolla* (1938) y *La conquista del Río de la Plata* (1970), que tienen como común denominador la exploración del mundo por parte de portugueses y españoles, la ampliación del espacio conocido por los europeos y la consecuente ocupación y conquista de nuevos territorios.

Los precursores, con el subtítulo «Jornadas del Litoral», fue publicado por primera vez en 1941 por la Universidad Nacional del Litoral con una advertencia en la tapa: «Escribió y grabó Agustín Zapata Gollan». En efecto, la tapa muestra una xilografía de su autoría que representa al príncipe portugués Enrique el Navegante. Una segunda edición, muy posterior, se hizo en 1980 con el sello de Editorial Colmegna.

La conquista criolla también formó parte de la trilogía de las «Jornadas del Litoral» y fue publicada por primera vez en 1938. En esta colección en lugar de seguir el orden cronológico con que fueron escritos, se ha optado por ordenar los libros según los temas tratados. Por eso, al final se incluye *La conquista del Río de la Plata*.

En *Los precursores* Zapata Gollan utiliza un estilo más literario que historiográfico con el que también escribió otras de sus obras más conocidas, como *La conquista criolla* y *Las puertas de la tierra*. Ese modo de escritura le valió que, tal como él mismo decía, durante mucho tiempo algunos de sus colegas

la consideraran más como escritor que como historiador. La riqueza y precisión del vocabulario, y la utilización de modismos de época para describir ambientes, caracteres y paisajes, ponen de manifiesto sus asiduas y profundas lecturas de los clásicos españoles. La prescindencia de citas y notas otorga al libro ese sentido más propio de la literatura, sin embargo, el texto está rigurosamente sustentado en todos sus aspectos: los hechos históricos, las rutas marítimas y terrestres, las costumbres, la indumentaria, las riquezas buscadas y las imaginadas. Al final se incluyen las Fuentes utilizadas en las que se registran crónicas como las de Pedro Mártir de Anglería, Bartolomé Argensola, Fernández de Navarrete, Fernández de Oviedo, Diego García, Irala, Schmidl y obras historiográficas españolas, portuguesas y americanas.

Aunque no se las menciona, la obra también pone en evidencia el conocimiento profundo de fuentes iconográficas. Con la capacidad de quien ha procesado numerosas lecturas, la profusa información es tamizada mediante un estilo ágil y atractivo, a la vez rico en matices y preciso en detalles; mientras que la utilización de algunos términos arcaicos ayuda a recrear el tiempo evocado. El libro comienza presentando al ya mencionado príncipe Enrique, promotor de la navegación marítima entre los portugueses, la consecuente primacía adquirida por Portugal en la apertura de rutas comerciales y la posterior competencia con las coronas de Castilla y Aragón resuelta con el Tratado de Tordesillas y otros acuerdos. Así entran en escena navegantes, pilotos y adelantados: Juan Díaz de Solís, Fernando de Magallanes, García Jofré de Loaysa, Sebastián Elcano, Sebastián Caboto y don Pedro de Mendoza. Y, tras el fracaso de la armada de Mendoza, el anclaje de los conquistadores en el Paraguay.

Tres años antes Zapata Gollan había publicado *La conquista criolla*, poniendo también en evidencia su frecuentación de las más antiguas obras clásicas españolas; es usual la intercalación

de textos escritos en castellano tardo medieval que él solía recitar. Aunque las expresiones y modismos resultan ajenos al lector contribuyen a ambientar una época y evocar el espíritu caballeresco y heroico que nutre el imaginario y los ideales de los hombres que pasaron a la conquista de América. Uno de los primeros apartados está dedicado a la raíz mística del heroísmo español para lo cual aplica sus conocimientos de historia del arte y de filosofía. Comenta el pensamiento agustiniano sobre la individualidad en relación con la «beatitud eterna» mediante la cual el hombre participa activamente en la realización de los designios de Dios según la concepción cristiana. En consecuencia, el hombre de la Edad Media asume el compromiso de extender la Cristiandad ganando territorios a los árabes. En esa puja entre moros y cristianos, Zapata Gollan señala que el aspecto espiritual prevalece sobre el económico y la lucha se dirime entre dos visiones distintas del mundo sostenidas en las enseñanzas del Evangelio o en los versículos del Corán. Como en otras de sus obras, el profundo conocimiento de los temas tratados le permite hacer una sucinta presentación de las ideas principales enlazándolas con un propósito claro y bien definido, resumido en el párrafo que abre el tratamiento de la cuestión americana: «Así fue la España monacal y guerrera que emprendió la conquista de América en una descomunal y desconcertante empresa mística para dilatar los dominios de la Cristiandad» (Zapata Gollan, 1938:128). La conquista, dice, se plantea como un problema espiritual aunque diversos factores económicos y sociales comienzan a acuciar a los reinos españoles. Colón recibe de los Reyes instrucciones de no declarar la guerra a los nativos sin antes haberles requerido pacíficamente que abracen la fe cristiana, aunque no entendieran la lengua en que esto se les planteaba. Zapata Gollan cita a Fernández de Oviedo, Primer Cronista de Indias, quien con ironía cuenta que dijo a un general que leía el requerimiento en un pueblo de indios: «Señor, paréceme que estos indios no quieren escuchar

la teología de este requerimiento, ni vos tenés quien se las dé a entender» (p. 131).

Según Zapata Gollan, a los Reyes les interesa ampliar los dominios de la Cristiandad y les preocupa el alma de los pueblos originarios, que deben ser convertidos al cristianismo por las buenas o las malas; esa intención se confronta con el hecho de que muchos de los hombres que pasan a la conquista ven a América como un botín de guerra. Zapata Gollan mantuvo esta idea a la largo de toda su obra: la Corona tiene intenciones que generan una normativa que respeta a los individuos de los pueblos originarios como vasallos suyos al igual que los demás de sus diferentes Reinos, pero la letra de la norma no se cumple porque colisiona con los intereses espurios de los españoles que pasan a América buscando riquezas, poder y honores: «Sin embargo, las Leyes de Indias, las Reales Órdenes y las Instrucciones impartidas por los reyes y por su Consejo, dan el tono de la conquista, que a pesar de todo, para España, seguirá siendo la empresa de América por mucho tiempo, un problema espiritual y místico» (p. 132).

Como en otros de los libros de esta primera época, la escritura se nutre de figuras y expresiones literarias: los hombres de la conquista vienen del «paisaje ascético de Castilla, esquivo y rojizo» y en América «cruzan ríos y escalan peñascos y se meten por los montes y van sintiendo así, en sus horas ardientes de exaltación bajo el lucir puro de las nuevas estrellas, el abrazo destrozón de la tierra y la mentida dulzura de la selva grávida de cantos y gorjeos» (p. 130).

Para describir a los conquistadores que pasan a Indias, Zapata Gollan acude a una anécdota caballerescas de tiempos de don Pedro el Cruel en la que un ricohombre se niega a acogerle en su villa, pero antes de resistir platica cortésmente con sus sitiadores y, una vez vencido, inquirido de su porfía, responde: «Esto es Castilla, que hace a los hombres y los gasta». Un espíritu guerrero y también místico como el de santa Teresa de

Jesús. De todos modos, dice, las tierras yermas no se pueblan con el valor de sus héroes, las visiones de los místicos y las leyes que pone el rey: se necesita la masa de hombres que salieron de los reinos de España para conquistar América. Pero antes de presentarlos se detiene nuevamente en los clásicos de la literatura que desde Gonzalo de Berceo hasta Góngora expresan la alegría de España que se encarna también en el imaginario de los guerreros y soldados: el pueblo no vivía enlutado y famélico ensimismado en el desfile de penitentes y de los autos de fe: comedias, entremeses, farsas, coplas, romances, juegos de naipes y bailes formaban parte de la vida de aquellos que pasaron a América. En el contexto de esa extraña amalgama de inquietudes se organizaban las milicias y se alistaban los soldados que pasarían a la conquista de Indias.

Para enlazar ese mundo y el americano, Zapata Gollan recrea el ambiente de una villa extremeña donde vive sus primeros años Hernán Cortés, quien a los catorce años abandona el hogar de un pobre escudero donde se había criado para pasar a la isla de Santo Domingo. Es en la isla donde, ante un corto ofrecimiento que le hace el gobernador, responde: «Es que yo vengo a adquirir oro y no a labrar la tierra como un rústico». Esa respuesta es el paradigma del sentimiento de muchos otros que vendrán después de él, buscando en América la riqueza fácil y el honor conseguido con sus hazañas. Cortés, dice, llegó a ser el héroe de la conquista de México, un héroe que peleó como los de los Cantares de Gesta y las crónicas medievales para conquistar un nuevo mundo para España; espejo en que se miraron muchos otros conquistadores, entre ellos Pizarro y Almagro, los héroes de la conquista del Perú, pero que después de alcanzar la gloria cayeron víctimas de sus propias ambiciones.

Luego de trazar brevemente estas vidas paralelas, Zapata Gollan recalca en el Río de la Plata que, en contraste, sería el fracaso del héroe. La expedición de don Pedro de Mendoza, su Primer Adelantado, no se organizó en América como las

de México y el Perú, sino en España y ese fue, dice, su pecado original, el que la llevaría al fracaso. La conquista del Río de la Plata se planeó con hombres que nunca habían estado en América, que desconocían sus particularidades y hasta las incomodidades de la travesía oceánica. Y a pesar de ese fracaso se fraguarían los pueblos del porvenir de estas regiones poniéndoles un sello indeleble. Antes de emprender el regreso, Mendoza navega aguas arriba el Río de la Plata y el Paraná donde Ayolas, uno de sus capitanes, ha fundado un fuerte en territorio de Santa Fe; allí llega un día un hombre blanco que había formado parte de la gente de Gaboto y que a las huestes diezmadas y hambrientas cuenta sobre las fabulosas riquezas existentes tierra adentro. Luego del fracaso de la expedición de Mendoza, sus hombres se concentran en el Paraguay a las órdenes de Ayolas y de Irala; Paraguay terminaría siendo el Paraíso de Mahoma con sus «puertas cerradas» hasta que algunas décadas más tarde el postigo es abierto por Juan de Garay dando inicio a la conquista criolla. «Así fue la conquista criolla aguas abajo —concluye Zapata Gollan—. Sin “Héroe” porque la empezaron los criollos de Asunción y la siguiente tesoneramente y sin desmayos, los criollos de Santa Fe» (p. 203).

El tercero de los libros incluido en este tomo es más breve y tardío, se publicó en 1970 y a diferencia de los anteriores contiene citas bibliográficas. En el tiempo transcurrido entre las primeras y esta última obra la escritura de Zapata Gollan, sin perder la riqueza de sus expresiones, se vuelve menos literaria y más historiográfica. *La conquista del Río de la Plata* retoma el tema de la armada de don Pedro de Mendoza cuando en 1534 el emperador Carlos V firma con él las Capitulaciones que le encomiendan la conquista y población de la región del Plata. En ese momento el Río de la Plata era todavía una tierra incógnita por la que habían pasado Solís, el mencionado Gaboto y Diego García. Por eso, en las Capitulaciones Zapata Gollan encuentra todavía el eco de fantasías acrecentadas durante mil años sobre

la legendaria Trapobana (Ceylán) y los relatos de Juan de Mandevil sobre «Las maravillas del mundo»: perlas, oro, tapices, seda, especias y países gobernados por reyes poderosos y riquísimos. También los portugueses ambicionaban extender sus dominios sobre el Plata iluminados por esas mismas fantasías. La expedición de don Pedro, que en el libro *La conquista criolla* describe como malograda desde su planificación, perseguía el doble propósito de alcanzar las maravillas legendarias y de sentar las bases del dominio español. Fracasada esa expedición, concentrados los conquistadores en el Paraguay, más tarde siguieron otras: las de Martín de Orué, el segundo Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, la del tercero don Juan de Sanabria y, finalmente, la del cuarto, don Juan Ortiz de Zárate, en cuya ausencia, mientras se la esperaba, con sus poderes Juan de Garay funda la ciudad de Santa Fe en 1573.

En síntesis, el tomo 1 de la *Obra Completa* reúne tres libros que en forma secuenciada y con diferentes estilos abordan el tema de la conquista (dirigiéndose siempre hacia la del Río de la Plata), y revisan antecedentes muy anteriores originados en el contexto europeo, en la competencia entre las coronas de Portugal y Castilla por descubrir la ruta de las especias y, luego, por consolidar sus dominios en América.

ANA MARÍA CECCHINI
DE DALLO

Santa Fe desde el deslumbramiento por el Río de la Plata hasta la llegada de los gringos

*Las puertas
de la tierra · 2*

En el presente tomo, con diez ensayos breves, recorre Agustín Zapata Gollan la atracción que generó el Río de la Plata y el espacio al que se accedía al remontarlo por el Paraná, las sucesivas expediciones fracasadas por la resistencia violenta de los naturales. Luego inserta las acciones que fueron exitosas a pesar de que también tuvieron tiempos complejos: la instalación de Asunción en el límite norte del espacio geográfico, la fundación de Santa Fe por Juan de Garay, en un sitio posible a mitad de camino fluvial, y luego la fundación de Buenos Aires en la conexión con el Atlántico.

En el análisis de las dificultades que asolaron a Santa Fe en su sitio fundacional nos deja una mirada sobre las migraciones internas, su posición estratégica para la comunicación en la región cerrando con la llegada de los colonos en el siglo XIX.

En los textos, de agradable lectura, Zapata Gollan pone en juego sus notables condiciones literarias, así como un lenguaje muy castizo, y nos regala con el manejo de fuentes historiográficas especialmente españolas y con imágenes tomadas de los clásicos de la pintura europea.

En el primero de los capítulos, «Los hombres de la conquista», describe la España posmedieval, que no se desprende aun de creencia y supersticiones de ese tiempo. Apela aquí a variadas imágenes literarias y pictóricas para que imaginemos los lectores el pensamiento y los dichos de estos hombres de acción, que haciendo gala de su valor se lanzaban a la aventura de navegar el océano para abordar estas tierras incógnitas. Se lamenta el autor del proceso ideológico que produjo la deshispanización y de que se borró de la historia argentina el valor de los conquistadores.

El segundo capítulo, «El fracaso de Buenos Aires», repasa los sucesivos fracasos de Solís, Gaboto y Pedro de Mendoza y considera el asiento de Buenos Aires y la llegada de las mujeres en estas expediciones para lo cual recurre como fuente a la historia del Cid Campeador parangonando a las sufridas expedicionarias con las intervenciones de Doña Ximena en la epopeya contra los moros. Estas españolas —entra quienes descuella Isabel de Guevara— marchan a Asunción y remiten cartas a España que apoyan la narración.

«El aislamiento de Asunción» es el tercer capítulo; en él caracteriza al fuerte de Asunción como el refugio de los sobrevivientes de las sucesivas expediciones fracasadas; en ella dice fueron perdiendo su galanura de guerreros europeos y desataron el desborde de sus pasiones por las dulces mujeres guaraníes. Pleno de imágenes literarias el texto nos posibilita elucubrar en nuestras mentes toda la belleza asunceña. Aborda además el nuevo grupo social conformado: «los mancebos de la tierra». Refiere también a las carencias de los españoles para los oficios. Utiliza para hacerlo cartas y cronistas.

El que sigue es el capítulo que da nombre al tomo «Las puertas de la tierra». Para explicarlo enfoca a Juan de Garay y los criollos que lo acompañaron, la geografía recorrida y las dos ciudades que fueron sus objetivos: Santa Fe y Buenos Aires, a partir de la mirada sobre la adusta realidad con la que convivieron y

transformaron sus costumbres. En este capítulo se repite dos veces el error de denominar como Santa Fe de la Vera Cruz a la Santa Fe originaria hoy llamada «la Vieja». Dicho error aparece por primera vez en esta edición.

En «Los caminos del hambre» reflexiona Zapata sobre los primeros poblados en el Río de la Plata y distingue esta cruel realidad de los procesos de conquista ocurridos en las regiones de América que encontraron ocupadas por culturas más orgánicas como fueron Méjico y Perú. Dice: «En estas regiones la civilización fue un trasplante en el Río de la Plata, fue un injerto» que ocurrió en Asunción, en el tronco guaraní a partir de los despojos de la expedición de Pedro de Mendoza.

Una interesante idea ofrece el autor con respecto a las ciudades en América, todas un fenómeno artificial pero que en el territorio rioplatense brotaron del suelo mismo y dieron lugar a «dos tipos somáticamente caracterizados»: el del interior y el del litoral. Otra peculiaridad fue la del mestizaje inmediato a diferencia de los otros espacios adonde se generó una estratificación étnica.

El hambre caracterizó a Santa Fe y Buenos Aires. En esta última hace una cruda descripción de la situación vivida con la primera ocupación, hambre en conquistadores fracasados y en aborígenes, que sucede en tierras feraces si se las cultiva; una vez más sostiene sus dichos en cartas y cronistas. Precisamente la importancia de la fundación de Santa Fe como posta–encrucijada, destinada a comunicar y paliar el hambre.

«Santa Fe cruce de caminos» dice de los conflictos y desconfianzas entre quienes lideraron el proceso fundacional, en especial el desentendimiento entre las jurisdicciones, incluyendo allí lo ocurrido en Jerónimo Luis de Cabrera y Juan de Garay, cuando contemporáneamente establecieron sus fundaciones: Córdoba y Santa Fe. En el marco de esa competencia regional por dominar territorios referencia la sublevación de los 7 jefes criollos, así como la pérdida de seguridad y el riego de

supervivencia de Santa Fe por la preeminencia que va adquiriendo Buenos Aires.

Sigue «Una visión del Río de la Plata», que comienza con una breve consideración sobre la imaginería en la ilustración de los mapas y destaca en ello el aporte americano en los motivos utilizados. Destaca en este tema el valioso aporte de los jesuitas, la llegada de 58 hombres de la compañía, todos formados intelectual y artísticamente, en 1748, conducida por Ladislao Oroz y entre ellos hace una más extensa consideración al Padre Florián Baucke (Paucke) sobre su acción en Santa Fe y su obra posterior.

En «El aislamiento de Santa Fe» vuelve Zapata sobre las difíciles vicisitudes de la ciudad a medida que Buenos Aires, que era deudora de aquella en su existencia, como ciudad y puerto, impidiendo que se sostuviera el de Santa Fe. En ese sobrevivir solo con breves tiempos mejores se explican las penurias, pérdidas de comercio y pobreza de los santafesinos, a lo que se sumó su destino de muro defensivo de Buenos Aires de las invasiones indígenas, destino que tal vez fue pensado por el fundador de ambas.

Estas dificultades fueron vividas por los «descendientes de los conquistadores» y atribuye el autor a tales conflictos el «germen del federalismo del litoral».

El abordaje de la involución económica y comercial que padeció Santa Fe lo describe con su característico lenguaje de imágenes poéticas en «La tragedia del puerto». Refiere en tres títulos «El río», «Las carretas» y «El puerto preciso» los vaivenes que alcanzaron su punto extremo en 1717 cuando la ciudad llegó a tener solo 300 habitantes y aun así mantuvo su misión de defender a Buenos Aires.

«El canto de los gringos» comienza con una bella y cruda imagen de «El desierto», luego unas pinceladas del proceso preconstitución, y «El 53» en el cual revisa la presencia de los diputados en la ciudad y acompaña con algunos rasgos de su

personalidad. Sobre «Los gringos», específicamente, comenta la llegada de los primeros colonos traídos por Aarón Castellanos y sobre las transformaciones del desierto con los cambios productivos.

La segunda parte del tomo «Los caminos de América», es un encargo que realiza el gobierno de Manuel María de Iriondo y presentado en el XXVII Congreso Internacional de Americanistas (Lima, 1939). En su introducción presenta las variadas motivaciones de los conquistadores. Es interesante ver reunidos en un análisis hecho desde los navegantes aborígenes caribeños, el descubrimiento europeo de las costas del Brasil, el del Río de la Plata, la zona magallánica, la costa del Pacífico, la expedición marítima del inca, «Las islas del Pacífico», «La navegación de los indios y la conquista». Describe luego los caminos indios en el continente, en la selva y los que abrió y transitó el inca, el de Concolorcorvo, en el cual repasa las expediciones ya revisadas. «Los caminos de la colonia» destaca la trascendencia de Lima y el desarrollo de las comunicaciones de este centro hacia el exterior y al interior.

El tomo se cierra con dos trabajos publicados en 1970 relativos a la expedición de Garay, la fundación de Santa Fe, comenzando en el Paraguay, los intereses de los expedicionarios, la decisión de Garay, el alarde, la mirada puesta en el litoral, las fundaciones de Córdoba y Santa Fe, ambos fundadores, las fundaciones de Santa Fe y Buenos Aires. Buen aporte es su reflexión sobre la capitulación, traza, rollo, la urbanización hispanoamericana y por fin Santa Fe primera ciudad urbanizada de Hispanoamérica.

La única imagen que se reproduce es la de tapa, una xilografía de Agustín Zapata Gollan llamada «Vecinas».

El tomo de Ediciones UNL fue impreso en 1989 por Imprenta Setúbal.

GUSTAVO VITTORI

La importancia de los caminos y el enclave de Santa Fe en la historia de América del Sur

Caminos de la colonia · 3

Juan de Garay no solo hizo suya la metáfora de «abrir puertas a la tierra», que a la distancia embellece la durísima tarea de ocupación territorial de un espacio ajeno. A la vez, la hizo realidad en la región más complicada de la conquista: el Río de la Plata.

Antes habían sucumbido en sus propósitos Juan Díaz de Solís (1516), quien llamará «mar dulce» a ese gigantesco flujo de aguas que descarga en el océano Atlántico los líquidos que las pendientes de gran parte del Cono Sur vuelcan en el formidable colector del Paraná y, a través de él, en el inmenso estuario que precede a su desembocadura en el mar. Es el río que tomará el nombre del ansiado metal precioso que solía fulgir al sol en los adornos corporales de etnias nativas.

Luego será Sebastián Caboto o Gaboto, quien atraído por la ilusión de la plata desviará el rumbo que conducía —por el estrecho de Magallanes— a las orientales islas de la especiería, y luego de establecer apostaderos náuticos en la costa del actual Uruguay, navegará aguas arriba y levantará a orillas del Carcarañá, en un antiguo portal de comunicación indígena, el fuerte de Sancti Spiritus (1527), puerto y posta de sus exploraciones aguas arriba y tierra adentro, primer asentamiento español en el territorio de lo que hoy es la Argentina.

Como ocurriera con Solís, que en la ribera uruguaya será capturado y devorado por originarios, la expedición de Gaboto también terminará mal. Dos años después de un auspicioso

comienzo convivencial con los timbúes, los excesos de algunos capitanes provocarán un alzamiento que terminará con la muerte de numerosos soldados y el incendio y abandono del fuerte, cuyos restos calcinados persistirán como hito referencial para futuras expediciones españolas.

La tercera armada en llegar desde la Península ibérica será la de Pedro de Mendoza (1536), la más grande de cuantas se hubieran organizado hasta ese momento, tan grande como el fracaso de sus objetivos. De todas maneras, se levantará el fuerte y puerto de Santa María del Buen Ayre, que perdurará como lugar estratégico pese a ser abandonado e incendiado en 1541 para consolidar aguas arriba, en el Paraguay, la plaza de Nuestra Señora de la Asunción, ciudad de la que, al cabo, provendrán las expediciones fundadoras de las ciudades de Santa Fe (1573) y de la Santísima Trinidad y puerto de Buenos Aires (1580). Se trata de asientos que, a la muerte de Garay (1583), sobrevivirán a los ataques masivos de una coalición de naciones indígenas y permitirán la efectiva incorporación del espacio rioplatense a la Corona hispana, consolidada en 1588 por la fundación de la ciudad de Corrientes, cuya población será ampliada en 1632 por el éxodo de vecinos de la ciudad chaqueña de Concepción del Bermejo (fundada en 1585), abandonada a causa de reiterados e incontenibles ataques indígenas.

En ese momento, habían transcurrido casi 120 años desde el primer ingreso exploratorio al Río de la Plata por parte del malhadado Juan Díaz de Solís. En ese tiempo extenso, el artífice decisivo de la ocupación del territorio en base a un plan de fundaciones escalonadas será el vizcaíno Juan de Garay, llegado en 1543 al recién creado Virreinato del Perú como acompañante de su tío, Pedro de Zárate, designado oidor de la Real Audiencia integrada por cuatro hombres de leyes. Más aún, durante la travesía de España a Panamá, Garay, de 14 años, compartirá la nave que transportaba a América del Sur al primer virrey del Perú, Blasco Núñez Vela.

Desde aquella temprana experiencia, mucho habrá de aprender el adolescente acerca de la condición humana en el revulsivo ambiente de la conquista, agitado, entre otras tensiones, por las sucesivas guerras civiles entre españoles, que siguieron a la sangrienta guerra civil de los medio hermanos incas Huáscar y Atahualpa. Y mucho más, una vez concluidas, a través del progresivo descubrimiento de la enorme y variopinta geografía de la porción austral de América, mediante la apertura y el recorrido de caminos y su participación en la fundación de ciudades.

En el comienzo de la ocupación territorial los caminos fueron medios de comunicación y esta, la precondition del intercambio de información útil, de aprendizajes y producción de bienes, de saberes prácticos e intercambio de mercaderías, de mensajes diversos, pedidos de auxilio y propuestas de colaboración. Los caminos vinculaban a las ciudades embrionarias del siglo XVI que se alzaban en la vastedad del territorio como centros concentradores de actividades, desde la administración jurisdiccional hasta la organización de fuerzas de defensa y ataque, estaciones logísticas, postas y puertos, lugares de asistencia religiosa y educativa; asientos de industrias artesanales, respaldo de actividades agrícolas, sitios de actividades comerciales, desde alimentos hasta arcabuces; desde carretas hasta bergantines.

Por eso, como señala Agustín Zapata Gollan, investigador del ciclo de la conquista y poblamiento de América del Sur y, en particular, de lo ocurrido en la cuenca del Río de la Plata, «la conquista de los caminos es la empresa que más gusta señalar y destacar al fundador de Santa Fe en sus cartas al rey». Y enfatiza, en un comentario relativo a uno de estos documentos, el calor que puso Juan de Garay en abrir puertas a la tierra, pues gracias a la fundación de esta ciudad «esta tierra tan cerrada empezó a tratar con los reinos del Perú», según expresa el fundador.

En concordancia con esta afirmación, destaca el historiador que «una de las primeras medidas de Garay fue la de mandar al capitán Juan de Espinosa con veinte soldados a descubrir el camino que uniría a Santa Fe con Córdoba, y desde allí con Santiago del Estero y el Tucumán». Así lo manifiesta el mismo Espinosa en una «Información» levantada en Asunción, en 1596, a pedido de Hernandarias de Saavedra para probar los servicios prestados por el fundador de la ciudad.

Garay, con una alforja de servicios cargada de experiencia, se plantea la fundación de Santa Fe como estación intermedia entre Asunción y la pensada futura refundación de Buenos Aires, umbral del océano Atlántico y ruta más directa y menos costosa de vinculación con España. Pero, a la vez, no desatiende el camino diagonal que conduce al noroeste, en dirección a Charcas, Cuzco y Lima, recostada sobre el Pacífico. Por eso, en vez de rumbear hacia la ribera uruguaya en busca de las postas náuticas que en 1527 había establecido Sebastián Caboto, mencionadas en el mandamiento emitido por Martín Suárez de Toledo, él fija la vista en otro asentamiento del navegante veneciano: las ruinas del fuerte de Sancti Spiritus, levantado en su momento en la desembocadura del Carcarañá sobre un portal de comunicación guaraní con pueblos nativos del noroeste. En su mente de estratega tomaba forma una acción de doble propósito: facilitar la comunicación con España y, a la vez, servir de enlace con las ciudades del Tucumán, el Alto Perú y el Perú, sede del Virreinato de Lima. De este modo, quedaban trazadas dos vías de comunicación; una fluvio-marítima, la otra terrestre, a través del eje articulador del gran camino de agua integrado por los ríos Paraguay, Paraná y Alto Paraná, Uruguay, y de la Plata, secciones, al fin y al cabo, del gran colector de toda la cuenca.

Pero estas visiones de un hombre que había recorrido buena parte de las geografías de América del Sur, y a quien lo impulsaban a seguir abriendo caminos que sirvieran de vasos

comunicantes para las ciudades del subcontinente y los puertos recostados sobre las aguas de los océanos Atlántico y Pacífico, no eran comprensibles ni deseables para una porción significativa de los españoles viejos de Asunción, ya decididamente alejados de la Península ibérica en los planos afectivo y proyectivo.

Por eso le costará darle operatividad a la empresa fundadora. Salvo el factor u oficial real Pedro Dorantes (en origen, Pedro de Orantes), la mayoría de los capitanes llegados a estas playas con Pedro de Mendoza, e instalados, luego del concertado abandono del fuerte del Buen Ayre en la Asunción implantada aguas arriba (1541), se refieren de modo peyorativo a la iniciativa de Garay.

Habían pasado más de 30 años desde aquel traslado, tenían sus vidas, o lo que quedaba de ellas, habituadas a la realidad asunceña, consolidada mediante los acuerdos tejidos por Domingo Martínez de Irala con distintos caciques guaraníes, y ratificados con hijos y nietos mestizos, en los que la mezcla de sangres pesaba más que la tinta de los documentos. Por tanto, la hipotética pérdida de esa forma de vida era motivo suficiente para recelar de la «reconexión» con España que, de acuerdo con la letra del mandamiento fundacional, era el principal propósito del emprendimiento.

En rigor, recelaban de una idea poco atractiva para quienes se habían habituado a los placeres del «Paraíso de Mahoma» ofrecido por la libertad sexual de los guaraníes. Y desconfiaban de la capacidad de los mancebos nacidos de esas promiscuas relaciones para llevar adelante un desafío de grandes implicancias. El restablecimiento de la relación con España incluía las restrictivas normas de Felipe II respecto del vínculo entre españoles y nativas. Y de todas las reglas de una España profusa en leyes que habían quedado enredadas (y olvidadas, al menos parcialmente) en la maraña vegetal de la naturaleza paraguaya. Dorantes, en cambio, desde los tiempos de Irala había promovido expediciones que expandieran la jurisdicción

territorial de Asunción, y también había abogado por la refundación de Buenos Aires. De manera que su visión coincidía con la de Garay, siendo probable que este, más joven, se viera influido por la prédica del factor.

El hecho de que, al cabo, la hueste expedicionaria del capitán vizcaíno se integrara con 70 hijos de la tierra (criollos, crios de uniones españolas, y mestizos, hijos de españoles y mujeres guaraníes, todos mancebos por su juventud) y solo seis españoles maduros, da idea de los cambios poblacionales, sociológicos, culturales, operados en Paraguay. Y de la reticencia de los españoles peninsulares a participar de la iniciativa.

Como fuere, la acerada voluntad de Garay rompe la inercia aislacionista y pone en marcha rumbo al sur a la exigua hueste. Quien poco después acreditará su condición de fundador conocía los cursos de agua que unían sus flujos descendentes antes de desembocar en el Atlántico, ya que en sus frecuentes cruces de la cordillera había observado sus nacientes en la altura, abultadas en el descenso por el tributo de inúmeros hilos de agua. Además, desde Asunción al sur, dos veces había acompañado al gobernador Felipe de Cáceres en sus navegaciones de inspección de la geografía y el relevamiento de poblaciones indígenas próximas a la vía fluvial.

No era, por consiguiente, una búsqueda a ciegas. Lo que no sabía, era que el inesperado encuentro con Jerónimo Luis de Cabrera —gobernador de Tucumán, Juríes y Diaguitas, y fundador de la ciudad Córdoba de la Nueva Andalucía— en las proximidades de Coronda cambiaría sus planes. Es que el sitio que él tenía en foco —los restos del fuerte de Sancti Spiritus— acababa de ser señalado como puerto de la flamante ciudad erigida al oeste, en tierras de los comechingones.

En verdad, lo que había encontrado era un conflicto jurisdiccional que tardará tiempo en resolverse (a medias), gracias a la llegada de la armada de Juan Ortiz de Zárate, tercer Adelantado del Río de la Plata, pariente de Garay, con una amplia

jurisdicción definida en la capitulación que había firmado con el rey Felipe II.

Entre tanto, para reafirmar sus cuestionados derechos en el escenario del Plata, el vasco se verá urgido a convertir el campamento provisorio, levantado al norte junto al río de los Quiloazas, en una ciudad formalmente instituida. La rápida respuesta de Garay frente a la pretensión territorial de Cabrera de extender su jurisdicción hasta la margen derecha del Paraná, es considerada por Zapata Gollan la primera mentira política pronunciada en el espacio de la actual Argentina, ya que invoca derechos fundacionales cuando la ciudad de Santa Fe aún no existía como tal.

Esa plasticidad política de don Juan había sido adquirida en los arduos caminos de la conquista, que no solo generaban conflictos armados con los pueblos nativos sino continuas tensiones jurisdiccionales entre los capitanes españoles. Su primera experiencia se había producido, como simple soldado integrante de la hueste de Juan Núñez de Prado, primer gobernador de Tucumán y fundador, en 1550, de la ciudad de El Barco I, nombre con el que rendía homenaje a su mandante, Pedro de la Gasca (gobernador interino del Perú) mediante la evocación del pueblo castellano El Barco de Ávila, del que provenía.

Esa «entrada» era la primera que se realizaba con propósitos fundacionales a la región del Tucumán (en 1543 había ingresado con fines exploratorios la expedición de Diego de Rojas que, continuada por Francisco de Mendoza, llegará hasta Sancti Spiritus, y culminará en 1546). Lo cierto es que El Barco I habrá de durar poco a causa de la intromisión del capitán Francisco de Villagra, por entonces mano derecha del capitán general de Chile, Pedro de Valdivia, quien objetaba el sitio elegido para la fundación por entender que estaba comprendido en la jurisdicción de la ciudad trasandina.

Como consecuencia, por la fuerza de las armas y una hueste más numerosa, obligó a Núñez de Prado a abandonar la urbe

incipiente. Garay fue testigo de los tejemanejes de Villagra y de la humillación de Núñez de Prado, registro que se sumaba al de la resistencia que su tío Pedro de Zárata, primer oidor de la Real Audiencia de Lima, había opuesto tiempo atrás a Gonzalo Pizarro, líder del mayor levantamiento de encomenderos en la historia del Virreinato del Perú.

Aquellos brutales acontecimientos habían terminado con la decapitación de Blasco Núñez Vela, primer virrey de la serie histórica, un funcionario real empeñado en hacer cumplir *in totum* las Leyes Nuevas aprobadas por la Corona española, normas que mejoraban sustancialmente la situación de los originarios. El problema era que, a la vez, como contracara, suprimían de un tajo atribuciones que habían acrecido de facto los derechos de los conquistadores, quienes luego de poner el cuerpo en el terreno se sentían «traicionados» por la decisión real.

Aquella tempestuosa reacción contra la Corona, incluyó una amenazante demanda ante los oidores para que firmaran la designación de Pizarro como gobernador del Perú. Pero el imperativo requerimiento de Pizarro fue resistido por Pedro de Zárata, en cuya casa vivía su sobrino Juan de Garay, testigo de los hechos. La lealtad a la Corona, proclamada por el oidor en peligro de muerte, será una lección nunca olvidada por el joven, quien más adelante comenzará su instrucción militar bajo la guía del capitán vasco Martín de Robles y actuará siempre bajo el pendón del rey, incluida la batalla de Jaquijahuana que, con la conducción de La Gasca, enviado de Carlos I al Perú, pondrá fin a la sublevación de Pizarro y los encomenderos que lo acompañaban.

A partir de ese momento, Garay toma el camino a Potosí y Charcas, en el Alto Perú, donde su pariente Juan Ortiz de Zárata, poseía derechos de minas, haciendas y encomiendas. Desde allí partirá luego, como integrante de la mesnada que acompañará a Núñez de Prado en su «entrada» a la Tucumán con propósitos fundadores. Más adelante, desandaré ese

camino hacia la altura de Potosí para llevarle bastimentos a la expedición de García Hurtado de Mendoza, designado gobernador de Chile por su padre, el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. García marchaba desde Perú al sur por dos rutas paralelas; una marítima, la otra terrestre, que habrán de converger en la ciudad de Santiago de Chile. Y Garay, en apoyo logístico, bajará desde el Alto Perú a la costa del Pacífico con ganado en pie, armamento y una variada gama de provisiones para la mayor expedición a Chile desde la incursión de Diego de Almagro el Viejo. Se trataba de una misión difícil porque debía atravesar zonas pobladas por originarios hostiles y una geografía que oponía múltiples dificultades al desplazamiento de los proveedores. Pero lo hizo en tiempo y forma junto a sus escasos acompañantes, ampliando para sí el mapa de caminos del Cono Sur. A continuación, regresará a la altura de Potosí y Charcas, para pronto bajar a los llanos que se extendían al oriente de la cordillera andina, donde participará de las fundaciones de las ciudades de Santo Domingo de la Nueva Rioja y Santa Cruz de la Sierra, respectivamente lideradas por los capitanes Andrés Manso y Nufrio de Chaves, y asistirá a un nuevo conflicto jurisdiccional entre estos dos capitanes. De esta última, donde vivirá cinco años y ejercerá cargos capitulares, viajará dos veces por tierra a Asunción del Paraguay, sitio en el que también se radicará durante un lustro antes de partir por agua y tierra a fundar Santa Fe.

En sus diversos trabajos sobre los caminos de América del Sur, Agustín Zapata Gollan sigue con particular interés los recorridos por Juan de Garay. El historiador, cuya obra se reedita, comprendió con rapidez la significación geopolítica de los caminos y su decisivo peso en el surgimiento de ciudades y regiones. Lo dice con todas las letras en su trabajo *Los caminos de América*, publicado en 1940 y luego compilado en su *Obra Completa*, a través de una frase breve: «La historia de América se encuentra sintetizada en la historia de sus caminos».

En una cita al pie escribe que, en 1938, el gobierno provincial de Manuel M. de Iriondo, con la intervención del ministro de Instrucción Pública, Juan Mantovani, le encomienda la realización de investigaciones históricas en archivos y bibliotecas de América relacionadas con la vida colonial en el Río de la Plata y, en particular, en la ciudad y provincia de Santa Fe. Con ese objetivo pasará largos meses en los repositorios de Lima donde relevará documentación insoslayable para la comprensión de la conquista y colonización de estas tierras. En ese pie con información secundaria aporta, sin embargo, un esclarecedor punto de vista. Dice así: «Uno de los aspectos más interesantes de la historia del Río de la Plata es la lucha económica de sus caminos y de sus puertos, con las disposiciones legales que trataban de mantenerlos cerrados».

Esa fue, y lo sigue siendo hoy, la clave para interpretar decisiones políticas que, con frecuencia, tuercen la lógica de las ecuaciones económicas, afectan intereses genuinos y producen retrasos y malformaciones en los procesos históricos. El primer ejemplo de este tipo de desvío, con consecuencias ulteriores, fue, en tiempos de la conquista y poblamiento, la cerril defensa que la burocracia virreinal y nobiliaria hizo de la ciudad de Lima y el puerto de El Callao, en detrimento de la alternativa que ofrecían la cuenca del Plata y el océano Atlántico, al punto que retrasarán 200 años el surgimiento del puerto de Buenos Aires, consecuencia directa de la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776.

Lo paradójico, sin embargo, es que el nuevo puerto estrella de la hispánica América del Sur nunca habrá de ser un buen puerto, habida cuenta de que el estuario del Plata acumula los sedimentos de una gigantesca cuenca fluvial, principalmente en su margen derecha, fenómeno de desarrollo continuo que hoy obliga al diario dragado para asegurar su operatividad. El elevado costo de estos trabajos de mantenimiento de la vía, nunca explicitado, contrasta con los recursos asignados, por

ejemplo, al puerto de Santa Fe —el más antiguo de la Argentina—, atrapado en su actual versión de inicios del siglo xx, a contracorriente de los principios de la física y la evolución del transporte de cargas. Suma de paradojas vinculadas con los caminos de agua.

Zapata Gollan, impenitente investigador de archivos en busca de llaves que pudieran abrir las puertas del conocimiento para una puesta en valor de la historia de su ciudad natal, así como sus irradiaciones en los territorios provincial y nacional, compuso su *Obra Completa* de manera fragmentaria. Sus monografías, artículos, cuadernillos y boletines fueron publicándose a medida de que sus descubrimientos se traducían en textos para leer. Como los expedicionarios del siglo xvi, compelidos a abrir picadas en los montes para trazar caminos de comunicación entre ciudades escuálidas, Zapata abría los suyos, folio a folio, en el intento de echar luz sobre los caminos de la historia, para hallar referencias perdidas en medio de la oscuridad del olvido. Con ese fin, y mediante el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, entre 1966 y 1967 se radicará en Sevilla, donde relevará documentación histórica en el Archivo General de Indias, ubicado en esa ciudad andaluza, tarea que se extenderá al Archivo Nacional de Simancas (Castilla y León), la Biblioteca Nacional de Madrid y la Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial.

Lejos de la organicidad de una obra que empieza y termina de acuerdo con el previo esbozo de un plan, el trabajo de Zapata irá tomando volumen por la acumulación aluvial de materiales, como ocurre con la formación de las islas del Paraná. Pero más allá de la diversidad de temas (flora, fauna, geografías, pueblos indígenas, expediciones españolas, mestizajes, fundación de ciudades, topónimos, lenguas, hábitos y costumbres de distintos grupos, etc.), surge aquí y allá un hilo principal que organiza la composición de su textura histórica, un hilo que

conduce a la síntesis antes explicitada por el autor: «La historia de América... es la historia de sus caminos».

Zapata Gollan fue un continuador de los caminos abiertos por Garay. Más aún, fue el descubridor y exhumador de la ciudad fundada por el vizcaíno a la vera del Quiloazas, hoy río San Javier, baza primera en la reocupación del Río de la Plata por España. También fue un custodio comprometido del legado físico y documental de aquella fundación. Los tramos por él recorridos, con los sucesivos reportes de su exploración, ahora facilitan el acceso de otros historiadores interesados en el encuentro de dos mundos (en rigor, tres, con la incorporación de la negritud africana en condición de esclava) en el variopinto territorio de América del Sur, en especial, lo sucedido hace 450 años en la cuenca del Plata.

Pero para llegar a la incipiente ciudad-puerto de Santa Fe, Zapata Gollan comenzará su tarea con un estudio sobre los «Caminos de América», cuyo primer boceto será presentado en el XXVII Congreso Internacional de Americanistas realizado en Lima, la antigua urbe virreinal en la que, al filo de los '40, pasa sus días inmerso en los archivos documentales. Aquel trabajo principia con los indios navegantes del Caribe, de la costa de Brasil, las riberas del Río de la Plata y el Paraná, los canales y el estrecho austral, así como las islas y costas del Pacífico, incluidas las navegaciones del inca en el gran mar del sur.

Prosigue con las rutas terrestres construidas por pueblos prehispánicos; tanto los que comunicaban el borde atlántico de Brasil con el corazón verde del Paraguay, como los caminos del inca, trazados sobre el espinazo de la cordillera de los Andes. Y las diagonales que acortaban las distancias de la anchurosa América del Sur, como el que unía el portal del Carcarañá con el futuro Alto Perú. Finalmente, releva con detalle los caminos de la colonia, trazados por conquistadores españoles para vincular ciudades embrionarias a lo largo y ancho del subcontinente. Y, en particular, se detiene en los caminos diagonales (de

sureste a noroeste) que unirán a Santa Fe, primero, y Buenos Aires, después, con el Alto Perú y el Perú. En suma, brinda nutricia información sobre caminos y medios de transporte.

Zapata recoge y actualiza reveladores testimonios sobre el camino que los timbúes le señalaron a Sebastián Caboto en 1527, cuando se disponía a erigir el fuerte de Sancti Spiritus; camino que remontaba el río Carcarañá, se introducía en tierras de comechingones y continuaba hacia el noroeste atravesando la Tucumanía. Ese camino, más bien una huella, será el que recorra el capitán Francisco César en busca de metales preciosos, expedición que alimentará durante largo tiempo la leyenda de la ciudad de los Césares.

Mucho se habló y escribió sobre ese camino que conducía a la Sierra de la Plata, y que más adelante, en sentido inverso, habrá de comunicar a la futura Villa Imperial de Potosí con la ciudad de Buenos Aires, sede del Virreinato del Río de la Plata, a partir de su creación en 1776. Es parte de la ruta que describe con detalle don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo (seudónimo con el que quedó inmortalizado), autor del libro *El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, con sus itinerarios* publicado en Gijón, España, en 1773. Se trata de una obra —muy empleada por Zapata en sus relevamientos— que actualizaba el camino sugerido desde el conocimiento teórico por Juan de Matienzo, oidor de la Real Audiencia de Charcas en el siglo XVI.

La otra variante era la diagonal que partía de Santa Fe rumbo a Santiago del Estero y proseguía al noroeste con destino final en Lima y el Pacífico, traza en la que la primera ciudad fundada por Garay en tierra argentina habrá de operar como punto de enlace efectivo y sostenido entre Asunción del Paraguay y la capital del virreinato del Perú, con jurisdicción sobre la enorme extensión territorial comprendida entre los océanos Pacífico, al oeste, y Atlántico, al este.

Ese punto en el espacio, al que Zapata Gollan consagró sus principales energías, es descripto por el historiador con vuelo poético en un párrafo que revela su función estratégica en el plan de conquista. Escribe:

Tal vez el día en que se levantó el rollo (de la Justicia) en medio de la plaza, Garay trazaría en la arena una cruz con su tizona marcando los cuatro rumbos de los caminos que se encontraban en la encrucijada de Santa Fe: al norte, la cabeza de la cruz se perdía en los montes del Paraguay, al sur los pies se hundían en la Patagonia, al poniente un brazo se clavaba en el Perú y en el naciente el otro brazo señalaba la ruta del Brasil y España. Y esta cruz, que tal vez marcó en la arena del pueblo criollo el fundador, fue la vera cruz de Santa Fe.

Bella síntesis de una visión que mantiene vigencia en la actual Región Centro de la República Argentina como potencial nodo de articulación bioceánica, punto de confluencia, además, de la acción fundadora de Garay y el legado intelectual de Zapata Gollan, asociado con aquella gesta y ofrecido con generosidad a los nuevos investigadores, esfuerzo que ahora se renueva con la publicación de su Obra Completa en formato digital y acceso abierto en el sitio de la UNL.

LUIS MARÍA CALVO

La vida en Santa Fe la Vieja

Santa Fe
la Vieja · 4

A mediados de 1949 Agustín Zapata Gollan comenzó a excavar en las cercanías del pueblo de Cayastá y localizó los restos materiales de Santa Fe la Vieja. Hacía nueve años que dirigía el Departamento de Estudios Etnográficos y en ese carácter una ley provincial le encomendó la tarea. Durante la década del 40 sus trabajos habían estado dedicados a realizar investigaciones etnográficas, arqueológicas y folklóricas relacionadas con los pueblos originarios y el hombre rural, y a reunir material asociado a esas investigaciones para formar las colecciones del Museo Etnográfico. Simultáneamente había publicado varios libros: *La conquista criolla* (1938), *Las Puertas de la Tierra* (1941) y *Los Precursores* (1941), y tres boletines del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales que reunían trabajos de su autoría y de otros investigadores de reconocida trayectoria nacional en los campos ya mencionados de la etnografía, arqueología y folklore, y de la antropología, toponimia e historia colonial.

Con el descubrimiento de Santa Fe la Vieja el norte de sus inquietudes y trabajos cambió radicalmente y se concentró en la realización de excavaciones arqueológicas y en la recuperación, conservación y gestión del sitio; y su obra escrita se dedicó casi exclusivamente a temas relacionados con la primitiva ciudad. El tomo cuarto de su *Obra Completa* reúne alguno de sus principales trabajos referidos a Santa Fe la Vieja: su

toponimia, la cultura material, acontecimientos históricos, la vida cotidiana y los últimos años de la vida de la hija del fundador.

Santa Fe topónimo hispanoamericano fue publicado en 1969¹ juntamente con *Un retablo de Santa Fe* (y de la misma manera se presentan en este tomo), dado que tienen como común denominador dilucidar el motivo del nombre elegido por el fundador para la ciudad. Como lo señala Zapata Gollan, el topónimo Santa Fe se repite en numerosas fundaciones de América española desde México al Río de la Plata y, apoyándose en Damián Bayón² sostiene que el mismo proviene de Santa Fe, una santa francesa nacida en Agen,³ martirizada en tiempos del emperador Diocleciano, cuyas reliquias se veneran hasta el día de hoy en la iglesia Sainte Foy de Conques. A partir de ese dato, Zapata Gollan desarrolla una serie de argumentos para apoyar lo señalado por Bayon. Santa Fe fue, efectivamente, una santa venerada en el sur de Francia por donde pasaba uno de los caminos que conducían a Compostela, donde se rinde culto a las reliquias del apóstol Santiago. El camino de Santiago, que desde el siglo XI fue transitado por peregrinos de toda Europa fue vehículo también de intercambios culturales que incluyeron la propagación de devociones, como la de Santa Fe. En el deambulatorio de la propia Catedral de Santiago hubo una capilla dedicada a la santa y, lo que es más importante para el asunto del topónimo elegido por Garay, desde principios del

1\ Con el número 3 formó parte de la Segunda Época de las publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos, todas ellas (a diferencia de los boletines de la década de los cuarenta) de autoría de Zapata Gollan. Las publicaciones de la Segunda Época fueron hechas en adhesión al 4° Centenario de la fundación de Santa Fe.

2\ Bayón, Damián (1965). «Los tesoros de las iglesias de Francia», en *Cuadernos* n° 96, París.

3\ Por error en la publicación aparece como Angen, es una localidad que actualmente pertenece al departamento de Lot et Garonne.

siglo XIII en Toledo existió un monasterio consagrado a Santa Fe con su correspondiente capilla de estilo mudéjar (lo único que se conserva de ese conjunto en la actualidad) que en 1505 Isabel la Católica benefició cuando lo entregó a los Comendadores de Santiago. Poco más de una década antes, en 1492, ella y su esposo el rey Fernando, mientras asediaban el último enclave moro en la península habían fundado Santa Fe de Granada. No hay ningún documento en el que conste el motivo del nombre elegido para esa fundación; Zapata Gollan sostiene que se debe a la santa francesa venerada en la España desde época medieval y cuya devoción por parte de los Reyes Católicos queda demostrada con sus aportes al monasterio toledano que le estaba dedicado. El que los autores contemporáneos omitieran esa explicación y que los posteriores adjudicaran el nombre a la Santa Fe católica, como virtud teologal, Zapata Gollan lo relaciona con el hecho de que coincidiendo con la supresión de Santa Fe (la santa) del santoral romano después del Concilio de Trento, después de la caída de Granada y del descubrimiento de América España asumió el afianzamiento de la Fe católica en la península y su propagación en el Nuevo Mundo.

Un retablo de Santa Fe, un opúsculo muy breve, se relaciona con el anterior y en él Zapata Gollan aporta un nuevo elemento para probar su hipótesis: en tiempos de Santa Fe la Vieja, en un hogar santafesino hubo un retablo dedicado a la santa. Desde Perú el licenciado Pedro de Mendieta y Zárate envió al general Roque de Mendieta y Zárate, su hermano, vecino de Santa Fe, dos retablos pintados (es decir dos cuadros) que representaban a San Jerónimo y a Santa Fe. Zapata Gollan descarta que el segundo representara a la virtud teologal por motivos iconográficos y por el modo en que se expresa el documento que registra «un retablo de Santa Fe» y no dice «un retablo de la Santa Fe» (forma que se utilizaría para referirse a la virtud teologal). Otro hecho sugestivo es que los dos retablos están

vinculados a la ciudad: San Jerónimo era su patrono y Santa Fe su nombre.

En *Las ruinas de la primitiva ciudad de Santa Fe. Las tres iglesias*⁴ Zapata Gollan registra el modo en que realizó las excavaciones en Cayastá, con información que luego volvería a incorporar en *Santa Fe. Primera urbanización hispanoamericana*. La ausencia de anotaciones y libretas de campaña le otorga a esta publicación una importancia mayor por cuanto se convierte en la única fuente escrita por él que da cuenta del proceso de excavaciones. En este pequeño libro Zapata Gollan se refiere a los antecedentes que aportaban información sobre la posible localización de la vieja ciudad y a la secuencia de sus primeras excavaciones, otorgando especial importancia a las ruinas de las tres iglesias que localizó y excavó (San Francisco, Santo Domingo y La Merced; las otras tres habían desaparecido por la erosión del río: la Matriz, la Compañía y San Roque), en relación con la prueba de autenticidad del sitio, al coincidir en su localización con los de la ciudad trasladada (que había replicado la planta de la ciudad fundacional); por otra parte la estructura arqueológica de cada una de estas iglesias es descrita en detalle. Otra prueba de la autenticidad del sitio lo fueron los restos óseos de los vecinos enterrados en el interior de las iglesias, por lo que la investigación incluye también una pormenorizada descripción de aquellos que pudo identificar y una lista de los demás cuyo enterramiento aparece registrado en la documentación de la época.

En el otro extremo del registro de la cultura material, *Testimonios secretos de Santa Fe la Vieja* (1983),⁵ aparecido en forma de artículo en la *Revista América* está dedicado a algunos

4\ Publicada en 1953 por la Imprenta de la Universidad.

5\ Incluido en el primer número de *América*, revista del Centro de Estudios Hispanoamericanos creado por él dos años antes.

pequeños objetos exhumados durante las excavaciones, interpretados a partir de la documentación histórica y de fuentes bibliográficas. En sintonía con *Supersticiones y amuletos*, la mayoría de los objetos elegidos están vinculados al mundo de la magia, lo esotérico y lo oculto: imanes y piedras bezoares registrados en los documentos, signos africanos, figuras humanas, talismanes, *ouroborus*, veneras, águilas explayadas, higas, etcétera. A través de estos objetos Zapata Gollan busca mostrar un mundo heterogéneo al que aportan flamencos, portugueses, ingleses y otros viajeros, y también africanos esclavizados. Aspectos de la vida de Santa Fe la Vieja no comentados en los documentos oficiales y no mostrados en la vida pública, de allí el título que le da al trabajo.

Los otros trabajos incorporados al presente tomo ponen en escena a hombres y mujeres que vivieron en Santa Fe. El primero de ellos trata el tema de *Los siete jefes* (1972),⁶ donde retoma el estilo literario que había caracterizado sus escritos de la primera época (*Los precursores*, *La conquista criolla*, *Las puertas de la tierra*), pero introduce notas al pie con referencias a fuentes documentales. Aunque no aporta nuevos datos, el ritmo de la narración, la selección y ordenamiento de la información facilitan al lector el conocimiento del hecho acontecido en 1580. Aunque el subtítulo *La primera revolución en el Río de la Plata* parece adherir a la interpretación de que fuera el primer antecedente de la Revolución de Mayo, en el texto Zapata Gollan limita su trascendencia a la de la ambición de los criollos por tener «un gobierno propio que asegurara la autonomía comunal» (p. 105). La causa del movimiento estuvo en el descontento de los criollos que participaron en la fundación de Santa Fe, manipulados por el gobernador del Tucumán

6\ Publicado por primera vez por la Librería y Editorial Colmegna, que en 1980 hizo una segunda edición.

Gonzalo de Abreu quien pretendía extender su jurisdicción al Río de la Plata. Por eso comienza presentando a estos jóvenes, en su mayoría mestizos, nacidos en el Paraguay que tenían conciencia de su identidad y de su valor, y termina describiendo el destino que tuvieron ellos y su descendencia, quedando «los apellidos de la conquista en el rancherío de la costa y de las islas donde se conservan hasta ahora» (p. 108).

En *La hija de Garay, sus últimos años y su muerte* (1975)⁷ Zapata Gollan trata sobre doña Jerónima de Contreras, mujer principal de Santa Fe la Vieja, hija del fundador y viuda del tres veces gobernador Hernandarias de Saavedra. En lugar de trazar una biografía, recrea sus últimos años, cuando sus hijos han dejado Santa Fe y ella ha quedado sola en la casa solariega frente a la plaza acompañada por una nieta y asistida por un fraile franciscano. Su soledad y las visitas interesadas de sus descendientes que llegan desde Córdoba para vaquear en las estancias de doña Jerónima, son descritas a partir de una pormenorizada lectura de su testamento y varios codicilos. Este modo particular de tratar el tema humaniza al personaje e interpela la imagen de mujer rica y poderosa de doña Jerónima que se evoca con solo nombrarla.

Portugueses en Santa Fe la Vieja (1970)⁸ es uno de los primeros trabajos que la historiografía santafesina dedicó a un grupo de pobladores clave en la primitiva ciudad. Admitidos cuando las coronas de Castilla y Portugal estuvieron unidas durante el reinado de Felipe II, los portugueses se insertaron en la ciudad por sus matrimonios con hijas de los primeros pobladores y por el ejercicio de actividades esenciales para el poblado. Un registro de portugueses levantado en 1649 es utilizado como

7\ Publicación n° 10 de la Segunda Época del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales.

8\ Publicado por la Academia Nacional de la Historia en *Investigaciones y Ensayos* 6-7, pp. 223-258.

fuente principal para describir sus familias y matrimonios y para comentar sus ocupaciones como carpinteros, labradores, comerciantes, sastres, herreros, silleros y zapateros. El tema del trabajo, como parte de la vida de la vieja ciudad, es vuelto a tratar específicamente en un artículo con el título de *La historia del trabajo en la ciudad vieja* (1980).⁹

En síntesis, los trabajos incluidos en el tomo cuarto se ocupan de Santa Fe la Vieja, que tras las excavaciones iniciadas en 1949 se convirtió en la principal obra de Zapata Gollan, centro de sus desvelos e indagaciones. Las investigaciones arqueológicas y documentales le permitieron tener un conocimiento profundo de la ciudad vieja y ocuparse de lo que más le interesaba y sintetizaba con estas palabras: le interesaba «el modo en que vivían sus pobladores». En efecto, Zapata Gollan no se ocupó de acontecimientos relacionados con las instituciones y el poder, sino que indagó sobre las creencias, las ocupaciones y la vida cotidiana. El propio libro sobre *Los siete jefes* pone su centro de atención en el colectivo de los criollos y mestizos que acompañaron a Garay en la fundación y se sintieron desplazados en el momento de recibir retribución por sus trabajos y valor.

⁹ Publicado por la Academia Nacional de la Historia en *Investigaciones y Ensayos* 28, pp. 345-356.

ALEJANDRO A.
DAMIANOVICH

Entre la crónica histórica y el realismo mágico

Crónicas y costumbres · 5

Agustín Zapata Gollan fue una de las figuras de más nítidos perfiles santafesinos en el mundo intelectual y artístico de la antigua ciudad del litoral argentino. Su enorme obra, sólida y relevante, lo coloca entre los colonialistas de mayor prestigio entre Asunción y Buenos Aires. Era en la última etapa de su vida una especie de tótem en torno al que se reunían escritores, historiadores y arqueólogos para proyectar su obra mediante instituciones que ampliaran y potenciaron la labor del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales que Zapata dirigía. Así surgieron los Amigos de Santa Fe la Vieja, la Comisión Conmemorativa de la Primera Yerra y el Centro de Estudios Hispanoamericanos.

Más allá de los yacimientos arqueológicos que exhumó en Cayastá sobre las ruinas de Santa Fe la Vieja, su legado principal consiste en una relevante obra histórica y literaria, parte de la cual ha sido incluida en cinco tomos ordenados por uno de sus principales discípulos: el arquitecto Luis María Calvo, y editada por la Universidad Nacional del Litoral, entidad académica cuyo cuerpo docente también integrara.

Así fueron recopilados sus trabajos científicos y literarios de temática histórica y etnográfica, aparecidos durante décadas, especialmente aquellos que estaban desperdigados en ediciones limitadas de difícil acceso.

El presente tomo, quinto y último de la serie, apareció en 1990 y contiene una selección denominada «Crónicas y costumbres», en las que se muestra por momentos el estudioso erudito, alternando con el escritor de párrafos barrocos y antiguas expresiones castizas, que trae al presente, como García Márquez pero con una prosa más al estilo de Mujica Láinez, el realismo mágico de una pequeña ciudad hispanoamericana solemnemente pobre, que como un viejo criollo olía —dice Zapata— a yerba y a tabaco paraguayos.

Entre los materiales que incluye el volumen hay dos —el cuarto y el último— que son de estricta factura monográfica, con sus citas a pie de página y amplio sustento documental. Se trata de «Juegos y diversiones públicas» y de «La milicia en Indias»: el primero se compone de tres capítulos y un apéndice, y el segundo, de dos partes y un apéndice.

Son los textos más extensos del volumen; el primero de 53 páginas y el otro de 57, espacios necesarios como para desarrollar temas no exentos de complejidades, sólidamente respaldados en consultas de archivos españoles y locales. Así Zapata nos introduce en la dimensión lúdica de la vida santafesina de otros siglos, al describirnos los juegos de taba, dados y barajas, y en la diversión de las corridas de toros, las carreras de sortijas y los juegos de cañas, tan esperadas por los santafesinos con las fiestas patronales y otras escasas ocasiones en las que eran permitidas, aunque las riñas de gallos solían ser más frecuentes.

Una conferencia magistral, incluida en el volumen en tercer lugar, combina el tono erudito con una esmerada factura literaria, llena de arcaísmos y expresiones castizas, característica presente en los textos de Zapata Gollan, que ha explorado archivos españoles y frecuentado las obras clásicas de la literatura española. Se trata de su disertación pronunciada en 1956 con motivo de su ingreso a la Academia Nacional de la Historia como correspondiente en Santa Fe, y se titula «La vida en Santa Fe la Vieja a través de sus ruinas».

El texto es interesante en la parte que describe el modo en que se fue confirmando la antigua tradición que ubicaba la primitiva ciudad justo en el punto en que se iniciaron las excavaciones, en la parte que expresa su admiración por Manuel M. Cervera —padre de la historiografía provincial— a quien reconoce haber probado documentalmente la ubicación del lugar, y en la parte donde da cuenta de los primeros resultados del trabajo arqueológico que hicieron posible el hallazgo de las ruinas y del trazado de la ciudad.

Los dos primeros artículos que componen este tomo se refieren a una leyenda de la conquista —la de la «Ciudad de los Césares»— y a otra tan fascinante como sugestiva: la de «El negrito del agua». Es revelador saber que en la mente de los tardíos conquistadores de estas tierras pobres no se habían olvidado las afiebradas quimeras de los tiempos de Gaboto, Mendoza y Ayolas, que movieron a Garay a llegar hasta Mar del Plata y a Hernandarias a adentrarse en los caminos del sur.

En «El negrito del agua» Zapata Gollan combina antiguas leyendas de tritones y endriagos que alucinaban a los navegantes europeos temerosos del océano, con versiones criollas de entidades misteriosas del río. En este hermoso texto encontramos en Zapata algunos rasgos del realismo mágico (el río desbordando detrás del «negrito» arrastrado por el lazo del jinete) y del universalismo borgiano con sus referencias eruditas que enlazan la mitología griega y las creencias medievales con el imaginario criollo de la costa del San Javier.

Cuatro artículos de menor extensión describen aspectos que hacen a la cultura y costumbres de la antigua ciudad. Las rogativas ante la falta de lluvias, los hermosos pesebres navideños (incluye canciones y villancicos), los cambios y evolución de la moneda circulante (incluye casos de falsificaciones) y el uso del bernegal, ese recipiente de cerámica usado para beber la infusión de yerba, que Zapata Gollan presenta como «Un capítulo inédito en la historia del mate».

En todos estos escritos breves, Zapata se apoya en documentos, en bibliografía antigua y también en sus hallazgos arqueológicos, como cuando alude a unos moldes encontrados entre las ruinas de La Merced que podrían haber servido para la fabricación de pequeñas imágenes destinadas a pesebres en Santa Fe la Vieja. Los testamentos y escrituras del archivo del museo se convierten en fuentes preciosas para rastrear objetos y bienes sobre los que escribe, como es el caso de los bernegales y otros utensilios propios del consumo de la yerba mate, algunos de los cuales aparecieron, quebrados o herrumbrados, entre las ruinas sepultadas de la ciudad que interrumpió su vida poco a poco, a medida que era abandonada por los habitantes que migraban hacia su nuevo emplazamiento, réplica exacta de su trazado original.

El volumen se completa con la Introducción de «El caballo en la vida de Santa Fe» como una forma de aproximarnos a un tema recurrente entre los intereses de estudio de Zapata Gollan, quien produjo además «El caballo en Santa Fe en tiempos de la Colonia» (N° 5 de las Publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, de 1947) y un libro de gran valor entre los estudiosos de asuntos tradicionales como *El caballo y el recado* (Buenos Aires, Luis Lasserre y Cia., 1967).

En este texto Zapata Gollan hace un breve recorrido tomando como eje el uso del caballo desde la edad media española, pasando por la conquista del Río de la Plata, las ceremonias que requerían de buenas cabalgaduras (el paseo del real estandarte), el juego de patos, la destreza de los jinetes criollos y de los indios, y los cambios que trajo la llegada de los gringos, con sus carretones y sus arados.

Como ya señalamos, el tomo finaliza con un estudio erudito sobre «La Milicia en Indias», especialmente dedicado a la evolución de las armas desde el siglo XVI y el XVII, su trasplante al Río de la Plata y su continuidad durante los primeros tiempos de la colonia. Se trata de un enfoque académico que va

describiendo los tipos de armas blancas y de fuego, las formas de organización militar, pendones, uniformes y hasta bandas de música. También focaliza su descripción en Santa Fe la Vieja, anotando casos y situaciones propias de la vida castrense, de la militarización del vecindario, su defensa y sus debilidades.

Todos estos trabajos de Zapata Gollan, que han sido seleccionados por Luis María Calvo en este tomo quinto de la colección *Obra completa*, constituyen un recorte significativo de los trabajos de un historiador y escritor de alto vuelo y profundos conocimientos que se movió con la misma soltura entre los trabajos de campo, la consulta bibliográfica y documental, la gestión museológica, el grabado artístico y la escritura académica y literaria, dejando, de todas estas expresiones de su espíritu incansable, un legado patrimonial que los santafesinos valoramos y en el que nos reconocemos.

Sobre la autora y los autores

LUIS MARÍA CALVO Arquitecto y museólogo. Doctor en Historia de la Arquitectura en Iberoamérica. Director del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de la Provincia de Santa Fe. Docente e investigador (Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional del Litoral). Académico correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Miembro de número de la junta Provincial de Estudios Históricos y del Centro de Estudios Hispanoamericanos.

ANA MARÍA CECCHINI DE DALLO Profesora y Licenciada en Historia (Universidad Católica de Santa Fe. Magíster en Administración Pública (Universidad Nacional del Litoral). Se desempeñó como Directora General del Archivo General de la Provincia y Subsecretaria de Cultura de la Provincia. Ejerció la docencia universitaria (Facultad de Historia y Ciclo Cultural Básico, UCSF). Cuenta con numerosos trabajos publicados. Miembro de Número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de la Provincia de Santa Fe, actual vicepresidente. Miembro del Centro de Estudios Hispanoamericanos. Presidente de

la Asociación Amigos de Santa Fe la Vieja. Integra la comisión Directiva de la Asociación Museo Parque de la Constitución Nacional.

ALEJANDRO A. DAMIANOVICH Profesor de Enseñanza Media y Superior en Historia (Universidad Católica de Santa Fe). Doctor en Historia (Universidad del Salvador). Académico Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia y Miembro de Número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe (actual presidente). Ha realizado investigaciones en España becado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid. Fue docente de la Facultad de Derecho y Ciencia Política (Universidad Católica de Santa Fe) y de la carrera de Comunicación Social (Instituto Superior 12 Gastón Gori). Autor de libros individuales, monografías en revistas especializadas, artículos de prensa y capítulos de libros colectivos.

GUSTAVO JOSÉ VITTORI Abogado (Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral). Se desempeñó en la Redacción General del diario El Litoral y fue director de Noticias de LT9 Radio Brigadier General Estanislao López. Fue miembro correspondiente de la provincia de Santa Fe en la Academia Nacional de Periodismo. Es miembro de número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe y del Centro de Estudios Hispanoamericanos. Integra la Junta de Historia de La Cumbre (Córdoba). Periodista, escritor y autor de numerosos libros.

La obra de Agustín Zapata Gollan:
una introducción /
Ana María Cecchini de Dallo...
[et al.]. -1a ed.- Santa Fe:
Ediciones UNL, 2023.
Libro digital, PDF/A –
(Ediciones especiales)
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-749-446-4

1. Historia. 2. Historia Regional.
3. Santa Fe. I. Cecchini de Dallo,
Ana María.
CDD 306.0982

© Luis María Calvo, Ana María
Cecchini de Dallo, Gustavo Vittori,
Alejandro A. Damianovich, 2023.

Se diagramó y compuso
en Ediciones UNL, Santa Fe,
Argentina, noviembre de 2023.

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11723. Reservados
todos los derechos.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Dirección editorial

Ivana Tosti

Coordinación editorial

María Alejandra Sadrán

Coordinación comercial

José Díaz

Corrección

María Alejandra Sadrán

Diagramación de interior y tapa

Alina Hill

© Ediciones UNL, 2023.

—

Sugerencias y comentarios:

editorial@unl.edu.ar

www.unl.edu.ar/editorial

La conquista criolla

TOMO 1

Las puertas de la tierra

TOMO 2

Caminos de la colonia

TOMO 3

Santa Fe la Vieja

TOMO 4

Crónicas y costumbres

TOMO 5



**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**